

Luis Barrantes Molina



Una resurrección de aquella época inolvidable en la que aún se hablaba de reciente paso, por el mundo material, de Jesucristo.

En Ben Gioras reviven Dimas, Barrabás, Gestas y todos los más celebres bandidos de aquellos tiempos.

Fue hijo de Gestas. Cuando niño tuvo ocasión de ver crucificado a su propio padre. Al pie de aquella cruz oprobiosa, se durmió después de haber sentido nacer en su pecho el odio insaciable hacia quienes, como Anás y como Caifás, habían sido crueles con los suyos.

Nació bandolero. Lo lleva en la sangre. Por eso, todos los hombres despiertan, en él, el más profundo de los desprecios. Posee una conciencia sin escrúpulos que le ha ayudado a ascender, aun cuando no lo haya pretendido.

Al lado de la suya, otras conciencias, algunas de admirable rectitud. La de Artemio que parece dolerse de ser honrado, sagaz e inteligente. La de Saulo, tolerante con los demás. Severo, hasta la exageración, Consigo mismo. A Pablo nada lo acobarda. Nada lo detiene. La profunda fe en las propias fuerzas anímicas y la confianza ciega en su Dios hacen que en él no vean solo a un hombre, sino que sientan pasar, cuando él pasa, un huracán.

Por todos lados, como un símbolo de esperanza, el signo sagrado de redención, la cruz en la que acaba de entregar su espíritu el más generoso de los humanos.

Hay ansias de justicia: el cristianismo las alienta. En el reino de los harapientos la buena nueva es conocida para profundizarla y, lo mejor es, para vivirla. Saben que la religión, que apenas inicia sus pasos en el mundo, es caridad, influye sobre todos y sobre cada uno para impulsarlos hacia el bien.

La alegría, la bondad que es hija de aquellos y el entusiasmo que de ambas nace han huido de las saturnales paganas. Se han refugiado y no podía ser de otra manera en las asambleas de los humildes gaileos.

Mientras haya miserias, el cristianismo ha de ser una palabra vana. De él se esperan las más audaces transformaciones sociales. Él ha de surgir lo más milagroso en las almas de los buenos y en los espíritus de los perversos.

Ben Gioras cree, al principio, que el amor es una debilidad. La expresión, más honda de la sensualidad que ha de estorbar su marcha triunfante por los senderos escogidos de previo. No cree en las amistades que son, para él, alianzas de egoísmos, solamente.

Poco a poco va imponiéndose en todas las almas, hasta en las más oscuras, el amor, el verdadero y el único amor que desea todo bien para el ser amado, aún a costa de la propia felicidad.

Amor puro, espiritual, sereno, que nada tiene del vago estímulo sexual. Amor sublime, basado en las enseñanzas del cristianismo. ¡Qué hace las almas alegres como aleluya, entusiastas como cánticos de Nochebuena!

El amor sublime satura las páginas de esta novela de evocación histórica en la que el autor, con maestría sin igual, describe los diferentes anhelos íntimos que se apoderan de las almas de cuatro muy diferentes mujeres Cipro, Haydée, Berenice y Elisabeth.

Y por encima de los amores humanos, aquella inclinación honda que lleva la paz a todas las conciencias, que despierta la esperanza en un mundo mejor que llena los espíritus de fe única. La predico predicó con el sacrificio de la propia preciosa existencia, el Mártir del Gólgota.